

Lupe Cajías:

# Espacios para la resistencia

*Creemos que es desde los dones de la naturaleza que podemos crear trincheras para una época que parece más de resistencia que de ofensiva. Es más difícil ahora tener certezas, y nos consuelan las intuiciones. Hay señales apocalípticas, los ritos son atacados desde diferentes flancos y los seres humanos han dejado de lado a los dioses y a sus antepasados. Hay más culpabilidad hoy para aquellos prometeos que se atreven a amar con intensidad, para aquellas hembras que gozan en comer y en parir, para aquellos que sienten placer en el vino, en el tabaco y en el baile.*

*Nosotros, quizá detenidos en el Siglo XIX, apostamos por el triunfo del amor, por la victoria del bien sobre el mal, y por la fuerza del espíritu, de la moral sobre el poder político y económico. Tenemos más fe en el decoro personal que en los bienes materiales que son parte de una concepción de vida, de un código personal.*

(TERCERA Y ÚLTIMA PARTE)

## IV. EXPRESIONES INDIVIDUALES

Las expresiones individuales en las distintas áreas tradicionales de la cultura son en Bolivia muy limitadas, menos originales, y no han sido capaces todavía de lograr una propuesta universal a partir del trabajo local.

Hace un año, un muralista italiano me preguntaba por qué en Bolivia con semejante paisaje no se había dado un Miguel Ángel o una escuela vanguardista capaz de pintar al Lago Titicaca, retratar La Paz que es un cielo dado la vuelta, los campos de maíz, las montañas. Después de un mes de vagar por pueblos del Altiplano, él mismo encontró una hipótesis: la fuerza de la naturaleza en Bolivia absorbe a la humanidad y a un individuo no le alcanzaría la vida y las técnicas para lograr pintar el gran cuadro sobre el Illimani, o un retrato que fuese el retrato de la vigorosa raza aymara.

Mucho se puede discutir y seguramente habrán opiniones e interpretaciones de diferentes puntos de vista. Nombremos algunos de los pintores más famosos de Bolivia, aunque ninguno de ellos ha logrado situales semejantes a un Diego Rivera o a un Fernando Botero.

La novela, la narrativa en general, ha estado impregnada por el paisaje y también por la presencia indígena. Sin embargo, acá la mayor dificultad ha estado en las limitaciones de los escritores de poner palabras que suenen auténticas en los diálogos de sus protagonistas indígenas.

La lista es larga. Un reciente cuento premiado, «Delfín del Mundo» de Francisco Cajías, ha merecido elogios por ser uno de los primeros intentos de escribir desde el otro lado. Por otra parte, una nueva generación de intelectuales aymaras se prepara a incursionar en la literatura y esa propuesta es todavía una incógnita.

En cambio los jóvenes prefieren olvidar el sesgo antropológico y lo escrito en el último lustro es urbano y casi calca de lo que otros jóvenes escriben en Nueva York o en Santiago de Chile.

La poesía tuvo mayores méritos para acercarse a lo propio y desde ahí intentar un reflejo de ese torrente que es Bolivia; o de una ciudad absolutamente surrealista como La Paz.

En cambio, en cine, y gracias a una individualidad como es Jorge Sanjinés, Bolivia sí ha logrado dar una dimensión de la tragedia humana a las tristezas y desventuras de los colonizados. Una película como «El Coraje del Pueblo» es una obra maestra del lenguaje cinematográfico y a la vez una lección de cómo aprovechar la estética de los rostros ajados y de las manos callosas de un pueblo sufrido, pero además artista.

La llegada del argentino César Brie y su «Teatro de los Andes», que trabaja en la comunidad de Yotala, ha abierto por primera vez una posibilidad de hacer de lo original boliviano un lenguaje universal. Brie, de formación humanista, ha podido incorporar esas expresiones de la fiesta, de los velorios, de las risas y de los llantos andinos a argumentos de alcance universal. Ha logrado que la visita de un amigo campesino y de la viuda quechua a la tumba de un minero, se convierta en expresión de todo el dolor humano. La obra, aplaudida

lanto en Cádiz como en Colquiri, en Sao Paulo, Miami, Milán, Sucre o Quito, es ya un clásico del teatro latinoamericano.

## V. VISIÓN PROSPECTIVA

Estas dos últimas experiencias nos muestran el camino futuro que puede y debe seguir la cultura y el arte en Bolivia.

Si bien hay una realidad urbana, y un pico en la pirámide social ampliamente identificado con la globalización y esa capa latinoamericana integrada en Miami, no es desde esa perspectiva que Bolivia va a lograr comprenderse a sí misma.

Y una vez más volvemos a la Participación Popular pues el reconocimiento oficial a lo originario, a lo propio, amplió el espacio para el pensamiento y la práctica cultural propias del país.

Quizá a estas alturas, alguno se esté preguntando y qué es lo propio, y qué es lo original. En verdad, ninguna expresión es pura. Quizá el tinku y las vestimentas en el Norte de Potosí, donde viven los indígenas que no permitieron el ingreso de forasteros, sea lo más cercano a lo original. O los tejidos de los jalkas, o las casas de los chipayas.

No hablamos de esa pureza, sino de esa cultura que se ha construido con aportes de lo que había y de lo que llegó, sin perder su originalidad y su lectura rebelde. Así, por ejemplo, la vestimenta de las cholitas en la metrópoli paceña, puede hacer creer que es originaria. La historia nos muestra que es una imposición después de la Insurrección del indígena Julián Apaza, «Tupac Katari»; pollera como faldón español, manta como mantón de Manila, lencería europea, zapatos planos de torero y por último el sombrero que fue una moda traída por un comerciante italiano a inicios del Siglo XX. Sin embargo, las trenzas largas y la terquedad de mantener una moda ajena a lo que pasa en las pasarelas de París o New York, son su originalidad.

La vestimenta, sobre todo en la mujer, no es sino un ejemplo de una serie de expresiones culturales que nos revelan ese mundo único, el más latinoamericano, que está en Bolivia.

Hablaremos de los alimentos que han sobrevivido a los desprecios europeos y hoy aparecen como salvadores: la quinua, el tarwi, el amaranto, la cañahua, las frutas del bosque; o los aceites de los árboles amazónicos y la amplísima biodiversidad, flora, fauna que hacen ver que el subdesarrollo puede traer la felicidad.

Cuando declinamos que la Participación Popular ha permitido valorar lo propio, pensamos también en la Reforma Educativa, en el rescate simbólico y práctico de los idiomas originarios. Si el español no era suficiente para describir la realidad de América, el aymara ahora no tiene posibilidades de inventar vocablos para la modernidad. Pero el aprendizaje de ambos está dando una nueva generación de intelectuales con un pie acá y otro allá y un potencial de comprensión del mundo pequeño y del mundo ancho y ajeno.

Aunque todavía tíbilmente, encontramos manifestaciones de lo mestizo como una calidad asumida conscientemente. Y otra vez el baile, la fiesta, nos lo revelan.

Hay una apertura del país urbano, del país con un Eje Central, al país de las fronteras, de las orillas, de los

bordes y en ese intercambio, ganan todos.

Ni duda cabe, que las personas son capaces de entender distintas concepciones del mundo son a la vez más ilustradas, más sabias, más tolerantes y más frescas. Tienen renovadas cosas que decir al mundo y el mundo puede y debe escucharlas.

No es repliando esquemas, adoptando ideas pensadas para otras realidades, que Bolivia aportará al mundo. Es desde su mismidad, que Bolivia es una vanguardia digna y sorprendente.

## VI. A MANERA DE CODA

Estoy convencida que la toma del espacio público, desde la fiesta, fue la antesala de la toma multicolor del Parlamento.

Me parece que en nuestro país no es tan importante la literatura impresa, como las tradiciones que pasan de boca a oído en cadenas infinitas. Ha tenido más fuerza el tejido que el discurso, la música al aire libre que el concierto de la Sinfónica. Si hablamos de desestructuración y su impacto en la literatura, creo prudente hablar de urbanización y aculturación de abajo hacia arriba.

Recuerdan ustedes finales de los cuarenta y el ingreso de los primeros «blancos» a las comparsas del carnaval orureño y el proceso político (y creativo) del 52, o la primera bajada desde el Gran Poder al centro de La Paz, un año después del Manifiesto de Tiahuanacu y el impacto de lo intercultural en la política y en la producción cultural. Los indígenas se han salido de los cuadros de las exposiciones, bonitos y calladitos, para tomar las calles y los rincones.

Tengo mucha confianza en la capacidad de la sociedad boliviana para dar respuestas profundas que la han salvado de los grandes cataclismos de la Humanidad.

Creo, como decía al inicio, en la fuerza del bien, de la ternura. Me parece que esas subversiones van a poder más que las abstracciones intelectuales, muy respetables pero poco comunicantes con la nación clandestina.

Vivimos en Bolivia un momento histórico único, una gran oportunidad para pasar de la resistencia a la construcción, de lo oscuro a la luz, de la mentira a la sinceridad.

Es tarea para todos mirar más allá del centro de la plaza, de las montañas, y abarcar al conjunto de un territorio aún desentrañado y fresco.

Por ello, trabajo en ese triángulo de la historia, del periodismo y de la literatura que nos permite el conjunto «C» donde se encuentra la mirada larga, la prisa cotidiana y la belleza necesaria.

FIN

**Lupe Cajías. (1956 - La Paz).  
Periodista, Historiadora y Escritora.  
Recibió el premio «Erich Guttentag»  
por su novela «Valentina».**

